**Jesús, aumenta nuestra fe**

*Por Pedro Méndez*

**Lecturas**
​Habacuc   1: 2-3. 2: 2-4
​Salmo        95: 1-2, 6-7, 8-9
​2 Timoteo 1:6-8, 13-14
​Lucas         17:5-10

¿Nos hemos, alguna vez, quejado con Dios por las injusticias alrededor del mundo, en nuestra sociedad/ciudad/pueblo, en nuestras familias, e, incluso, en nuestros corazones? El profeta Habacuc (626-587 AC), en la primera parte de la primera lectura de hoy (1: 2-3), se queja con Dios, yo diría que en un tono de desesperación, por las injusticias de su tiempo—ruina, opresión, asaltos, violencias, rebeliones y desordenes. Habacuc clamó a Dios; pero Dios, aparentemente, no le escuchaba. ¿No hemos experimentado nosotros también esto? ¿No hemos clamado a Dios por toda la injusticia, crimen y violencia en el mundo, en nuestra sociedad/ciudad/pueblo, familias, e, incluso, en nosotros mismos; y, aparentemente, Dios no responde a nuestras oraciones? A veces, entre más clamamos, pareciera que la violencia aumentara. ¿Por qué sucede esto? Tal vez no es que Dios no responda a nuestras oraciones. Podría ser que el pecado es una realidad en una humanidad caída cuya alma ha sido deformada por el orgullo. La Biblia describe a una persona con un alma deformada por el orgullo como *malvado(a).* Por lo tanto, hay una realidad a tener en cuenta: algunos de los habitantes del mundo han aceptado el amor de Dios y otros no. También es parte de la realidad de que el alma de los malos—no importa cuán deformada se encuentre—puede ser transformada por Dios cuando él/ella se abra a sí mismo(a) completamente al amor ilimitado de Dios.

La segunda parte de la primera lectura describe, maravillosamente, la respuesta de Dios (2: 2-4) a las quejas de Habacuc. *La respuesta de Dios es una promesa esperanzadora de una nueva e infalible visión en medio de la injusticia*. Note que Dios no promete, según la lectura tal como se presenta, detener la injusticia. Si lo hace, podría implicar que Dios *forzaría* la voluntad de los malvados a actuar de una manera justa. Dios, el Amor mismo, no obliga a nadie, sino que *invita* a los malvados a la conversión mediante la aceptación de su amor sin límites: "Si hoy escuchas su voz, no endurezcan sus corazones" (Salmo 95: 8) proclama el salmo responsorial de hoy. Entonces, el malvado decide aceptar o rechazar la invitación de Dios. En este proceso de conversión, nosotros, discípulos de Jesús, estamos llamados a orar por ellos y a dar testimonio del amor transformador de Dios en nuestras vidas para que el malvado, al ver nuestro estilo de vida Cristiano, pueda torne su vida a Dios. Entonces, si Dios no obliga a los malvados a la conversión por respeto a su libre albedrío y, al hacerlo, no detiene la injusticia: *¿qué podemos esperar nosotros, discípulos de Jesús? Nosotros estamos llamados a esperar en la promesa infalible de Dios y, al hacerlo, a vivir por fe: "el justo por su fe vivirá"* (Habacuc 2: 4b) proclama la primera lectura.

Vivir por fe es crucial en nuestra vida diaria. Vivir por la fe no es simplemente un estilo de vida optimista o una vida basada en ideas abstractas y/o ideales. Fe no puede ser producida por nosotros mismos. La fe es, principalmente, un regalo de Dios, cuyo amor y auto-revelación nos proporciona una *"seguridad* de lo que se espera [y] una *convicción* de lo que no se ve" (Hebreos 11: 1). Esta seguridad y convicción son firmes porque vienen de Dios mismo; por lo tanto, nos ayudan a soportar *cualquier* circunstancia y desorden en nuestras vidas y en el mundo. La fe no niega ni aliena la realidad; al contrario, nos ayuda a abrazar la realidad tornando todo nuestro ser a Dios. Dios es la fuente de nuestra fe. Los Apóstoles podrían haber tenido una “percepción” de ello al pedirle a Jesús: *"Aumenta nuestra fe"* (Lucas 17: 5). *Por lo tanto,* *vivir por fe podría significar confiar en Dios, al vivir de la seguridad y la convicción que Dios nos ha proporcionado en medio de todas nuestras circunstancias diarias—buenas y desafiantes.* Esto produce fidelidad a Dios y un espíritu de servicio a los demás en todo momento, especialmente los más necesitados.

Ahora, ¿cómo se llega a una vida de fe? San Pablo afirma: "La fe viene por el oír el mensaje, y el mensaje viene de la palabra de Cristo" (Romanos 10:17). Consecuentemente, en medio de nuestro mundo tensionado—con su bondad y desafíos—ustedes y yo, seguidores de Jesucristo, estamos llamados a "Oír la palabra de Dios, a conservarla con un corazón bueno y recto, y a dar frutos con perseverancia" (Lucas 8:15). Me parece que, a veces, nosotros nos desesperamos al punto de perder la esperanza en nuestras desordenadas y desafiantes circunstancias diarias *porque no oímos, diariamente, lo que Dios nos está diciendo a través de Su palabra infalible.*

Dios nos está invitando, hoy, a permitirle impregnarnos con la seguridad y convicción al oír Su palabra diariamente, porque quizá, exista alguna parte de nuestro ser que necesita ser convertida a Dios. Y la palabra de Dios es una palabra de amor, seguridad, perdón, paz, esperanza y, en última instancia, es una Palabra que asumió nuestra humanidad... es Jesucristo, nuestro Señor y Salvador. Es una palabra que nos impulsa a responder al amor de Dios con fidelidad y a servir a los demás. ¡*Señor Jesús, aumenta nuestra fe!*